

DÍA 2

UNA FE MÁS PROFUNDA



Antes de Pentecostés, los discípulos eran dramáticamente diferentes de los discípulos después de Pentecostés. Antes de Pentecostés, su fe naciente a menudo titubeaba. Después de Pentecostés, era una roca sólida. El derramamiento del Espíritu Santo fortaleció a los discípulos para enfrentar la oposición que vendría al proclamar el amor y la gracia de Dios. Temblando de miedo en el patio del sumo sacerdote al mo-

mento del arresto de Jesús, Pedro lo negó cobardemente, diciendo: “No conozco al hombre” (Mateo 26:72). Su fe frágil era débil y vacilante. Pero ahora, escuche a un Pedro cambiado en Pentecostés que proclama poderosamente la evidencia del Antiguo Testamento de que Jesús era el Mesías. Compare la negación de Pedro en el patio con su respuesta después de Pentecostés, cuando las autoridades judías trataron de acallar su voz. Audazmente,

declaró: “Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hech. 4:20). La presencia interna del Espíritu Santo en su plenitud fue lo que marcó la diferencia. Con sus propias fuerzas, Pedro no estaba a la altura de las ingeniosas estratagemas del enemigo. Pero con las fuerzas de Jesús, estuvo más que capacitado para vivir una vida fortalecida por el Espíritu Santo. El apóstol Pablo describe la habilitación producida por el Espíritu

Santo de este modo: “Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Efe. 3:16). Fortalecido por el Espíritu, el Pedro lleno de fe era un hombre cambiado.

DEFINAMOS LA FE

La fe se aferra a la promesa del Espíritu Santo como una realidad divina. Cree en la promesa de Cristo de conceder su Espíritu Santo en una medida abundante. La fe es un don de Dios en sí mismo (Rom. 12:3). “La fe que nos permite recibir los dones de Dios es un don en sí mismo, del que se imparte cierta medida a cada ser humano. Crece cuando se la ejerce al apropiarse de la Palabra de Dios. Para fortalecer la fe, debemos ponerla en contacto con la Palabra” (*La educación*, p. 254). Al contemplar a Jesús a través de su Palabra, el Espíritu que inspiró la Palabra aumenta nuestra fe (Rom. 10:17).

La fe, en realidad, es confianza. “La fe consiste en confiar en Dios, en creer que nos ama y sabe lo que es mejor para nuestro bien. Así, en vez de nuestro camino, nos induce a preferir el suyo. En vez de nuestra ignorancia, acepta su sabiduría; en vez de nuestra debi-

La fe consiste en confiar en Dios, en creer que nos ama y sabe lo que es mejor para nuestro bien.

lidad, su fuerza; en vez de nuestro pecado, su justicia. Nuestra vida, nosotros mismos, somos ya suyos; la fe reconoce su derecho de posesión, y acepta su bendición. Se indican la verdad, la integridad y la pureza como secretos del éxito de la vida. La fe es la que nos pone en posesión de estas virtudes” (*Mente, carácter y personalidad*, t. 2, pp. 560, 561). La fe es creer que él nos ama y que siempre tiene en mente lo que es mejor para nosotros. Mediante la fe, el Espíritu Santo nos lleva a captar la magnitud del don de la gracia ofrecida tan libremente en el Calvario. Mediante la fe, recibimos fortaleza espiritual para resistir las tentaciones del maligno.

Nuestra vida, nosotros mismos, somos ya suyos; la fe reconoce su derecho de posesión, y acepta su bendición.

Mediante la fe, somos capacitados para dar testimonio. Mediante la fe, somos motivados para hacer todo lo que nos pide Jesús y para obedecer todo lo que él mande. La fe se aferra a las promesas de Dios y cree que son nuestras.

En Pentecostés, los discípulos “extendían más y más la mano de la fe” y “bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santifi-

cados, refinados y ennoblecidos” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 29, 41). Esta experiencia puede ser la nuestra. El Espíritu Santo anhela profundizar y aumentar nuestra fe. Nuestra fe crece en el contexto de una íntima relación con Jesús.

TRES MANERAS PRÁCTICAS DE AUMENTAR SU FE

1. Cuente con que el Espíritu Santo aumentará su fe a medida que estudie la Palabra de Dios. Aborde su estudio de la Biblia con un sentido de expectativa. Crea que el Espíritu que inspiró la Biblia va a llevar a cabo cambios milagrosos en su vida, a medida que se empeñe en estudiar la Palabra (2 Ped. 1:3, 4).
2. Aplique las promesas de la Palabra de Dios a su vida. Para recibir el beneficio del estudio bíblico, este debe aplicarse a nuestra vida en forma individual. Sumérjase en la historia. ¿Qué lecciones le está revelando el Espíritu Santo en el texto bíblico? ¿Qué ideas le está revelando para el diario vivir? ¿Qué convicciones está trayendo a su mente?
3. Actúe según la “medida de fe” que Dios ya ha colocado en su corazón. Mire más allá de las circunstancias actuales de su vida hacia las bendiciones que Dios tiene para usted en el futuro cercano. Si el Espíritu Santo lo impresiona para que haga algo, hágalo creyendo que será ricamente recompensado al actuar confiando en su Palabra.

A nosotros nos toca ejercitar la fe; pero el sentimiento gozoso y sus beneficios han de sernos dados por Dios. La gracia de Dios llega al alma por el canal de la fe viva, que está en nuestro poder ejercitar.

Para profundizar su propia fe, lea las siguientes promesas, y en el nombre de Jesús reclámelas como propias.

- “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mat. 19:26).
- “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb. 4:16).
- “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Heb. 12:2).

- “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14).
- “El Señor desea que todos sus hijos sean felices, llenos de paz y obedientes. Mediante el ejercicio de la fe, el creyente llega a poseer esas bendiciones. Mediante ella, puede ser suplida cada deficiencia del carácter, cada contaminación purificada, cada falta corregida, cada excelencia desarrollada” (*Los be-*

chos de los apóstoles, p. 450).

- “He observado frecuentemente que los hijos del Señor descuidan la oración, y sobre todo la oración secreta; la descuidan demasiado. Muchos no ejercitan la fe que es su privilegio y deber ejercitar, y a menudo aguardan aquel sentimiento íntimo que solo la fe puede dar. El sentimiento de por sí no es fe. Son dos cosas distintas. A nosotros nos toca ejercitar la fe; pero el sentimiento gozoso y sus beneficios han de sernos dados por Dios. La gracia de Dios llega al alma por el canal de la fe viva, que está en nuestro poder ejercitar.

“La fe verdadera demanda la bendición prometida y se aferra a



ella antes de saberla realizada y de sentirla. Debemos elevar nuestras peticiones al lugar santísimo con una fe que dé por recibidos los

Muchos confundirán los sentimientos con la fe. Buscarán una experiencia espiritual que estimule sus emociones y los haga sentir bien.

prometidos beneficios y los considere ya suyos. Hemos de creer, pues, que recibiremos la bendición, porque nuestra fe ya se apropió de ella, y, según la Palabra, es nuestra. ‘Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá’ (Mar. 11:24). Esto es fe sincera y pura: creer que recibiremos la bendición aun antes de recibirla en realidad. Cuando la bendición prometida se siente y se disfruta, la fe queda anonadada. Pero muchos suponen que tienen gran fe cuando participan del Espíritu Santo en forma destacada, y que no pueden tener fe a menos que sientan el poder del Espíritu. Los tales confunden la fe con la bendición que nos llega por medio de ella.

“Precisamente el tiempo más apropiado para ejercer fe es cuando nos sentimos privados del Espíritu. Cuando parecen asentarse densas nubes sobre la mente, es cuando se

debe dejar que la fe viva atravesando las tinieblas y disipe las nubes. La fe verdadera se apoya en las promesas contenidas en la Palabra de Dios, y únicamente quienes obedezcan a esta Palabra pueden pretender que se cumplan sus gloriosas promesas” (*Primeros escritos*, pp. 72, 73).

LA FE SE HACE ESCASA

Evidentemente, esta relación de confianza con Dios mediante su palabra escaseará en el tiempo del fin. Jesús declaró: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Luc. 18:8). Muchos confundirán los sentimientos con la fe. Buscarán una experiencia espiritual que estimule sus emociones y los haga sentir bien. Otros caerán en la trampa opuesta del formalismo frío. El Espíritu Santo está guiando a su iglesia hacia

El Espíritu Santo está guiando a su iglesia hacia una experiencia de fe mucho más profunda de lo que posiblemente podríamos imaginarnos; una experiencia de confianza total en Dios, de seguridad en su Palabra y de obediencia a su voluntad.

una experiencia de fe mucho más profunda de lo que posiblemente podríamos imaginarnos; una experiencia de confianza total en Dios, de seguridad en su Palabra y de obediencia a su voluntad. ¿Desea usted de todo corazón llevar una vida de profunda fe? ¿Por qué no se arrodilla y le pide al Espíritu Santo que aumente su fe y que lo guíe para vivir esa vida ahora?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *El Deseado de todas las gentes*, páginas 627-631.

Esta vez se oyó la voz de Pedro que protestaba vehementemente: “Aunque todos se escandalicen, yo no”. En el aposento alto había declarado: “Mi alma pondré por ti”. Jesús le había advertido que esa misma noche negaría a su Salvador. Ahora Cristo le repite la advertencia: “De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces”. Pero Pedro “con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo” (Mar. 14:29, 30). En la confianza que tenían en sí mismos, negaron la repetida declaración del Ser que sabía. No estaban preparados para la prueba; cuando la tentación les sobreviniese, comprenderían su propia debilidad.

Cuando Pedro dijo que seguiría

Jesús miró con compasión a sus discípulos. No podía salvarlos de la prueba, pero no los dejó sin consuelo.

a su Señor hasta la cárcel y hasta la muerte, cada palabra era sincera; pero no se conocía a sí mismo. Ocultos en su corazón estaban los elementos del mal que las circunstancias esparcirían en la vida. A menos que fuese consciente de su peligro, esos elementos provocarían su ruina eterna. El Salvador veía en él una egolatría y una seguridad que superarían incluso su amor por Cristo. En su experiencia se habían revelado muchas flaquezas, mucho pecado no subyugado, muchas negligencias de espíritu, un temperamento no santificado y una temeridad para exponerse a la tentación. La solemne advertencia de Cristo fue una invitación a escudriñar su corazón. Pedro necesitaba desconfiar de sí mismo y tener una fe más profunda en Cristo. Si hubiese recibido con humildad la advertencia, habría suplicado al Pastor del rebaño que guardase a su oveja. Cuando, en el Mar de Galilea, estaba por hundirse, clamó: “¡Señor, sálvame!” (Mat. 14:30). Entonces la mano de Cristo se extendió para tomar la suya. Así también ahora, si hubiese clamado a Jesús: “Sálvame de mí mismo”, habría sido

guardado. Pero Pedro sintió que se desconfiaba de él, y pensó que eso era cruel. A partir de ese instante se ofendió, y se volvió más persistente en su confianza propia.

Jesús miró con compasión a sus discípulos. No podía salvarlos de la prueba, pero no los dejó sin consuelo. Les aseguró que él estaba por romper las cadenas del sepulcro y que su amor por ellos no fallaría. Dijo: “Después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” (Mat. 26:32). Antes que lo negaran, les aseguró el perdón. Después de su muerte y resurrección supieron que estaban perdonados y que el corazón de Cristo los amaba.

Jesús y los discípulos iban hacia Getsemaní, al pie del Monte de los Olivos, lugar apartado que él había visitado con frecuencia para meditar y orar. El Salvador había estado explicando a sus discípulos la misión que lo había traído al mundo y la relación espiritual que debían sostener con él. Ahora ilustró la lección. La luna brillaba, y le reveló una floreciente vid. Llamando la atención de los discípulos hacia ella, la empleó como símbolo.

Dijo: “Yo soy la vid verdadera”. En vez de elegir la elegante palmera, el sublime cedro o el fuerte roble, Jesús tomó la vid con sus zarcillos prensiles para representarse. La palmera, el cedro y el roble se sostienen solos. No necesitan apoyo. Pero la vid se aferra al enrejado, y así sube hacia el cielo. Así también Cristo en su humanidad dependía del poder divino. Él declaró: “No puedo yo hacer nada por mí mis-

mo” (Juan 5:30).

“Yo soy la vid verdadera”. Los judíos siempre habían considerado la vid como la más noble de las plantas, y un tipo de todo lo poderoso, excelente y fructífero. Israel había sido representado como una vid que Dios había plantado en la tierra prometida. Los judíos fundaban su esperanza de salvación en el hecho de estar conectados con Israel. Pero Jesús dice: “Yo soy la Vid verdadera”. No piensen que por estar conectados con Israel pueden llegar a ser participantes de la vida de Dios y herederos de su promesa. Solo a través de mí se recibe vida espiritual.

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”. Nuestro Padre celestial había plantado su buena Vid en las colinas de Palestina, y él mismo era el labrador. Muchos eran

Así, por medio de la intervención del Espíritu Santo, el hombre llega a ser participante de la naturaleza divina. Es acepto en el Amado.

atraídos por la belleza de esa Vid y proclamaban su origen celestial. Pero para los dirigentes de Israel parecía como una raíz en tierra seca. Tomaron la planta y la maltrataron y pisotearon bajo sus profanos pies. Querían destruirla para siempre.



Pero el Viñador celestial nunca perdió de vista su planta. Después de que los hombres pensaron que la habían matado, la tomó y la volvió a plantar al otro lado de la muralla. Ya no se vería el tronco. Quedaría oculta de los rudos ataques de los hombres. Pero los sarmientos de la Vid colgaban por encima de la muralla. Ellos representarían a la Vid. A través de ellos todavía se podrían unir injertos a la Vid. De ellos se ha ido obteniendo fruto. Ha habido una cosecha que los transeúntes han arrancado.

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”, dijo Cristo a sus discípulos. Aunque él estaba por ser arrebatado de entre ellos, su unión espiritual con él no habría de cambiar. Dijo: “La conexión del sarmiento con la vid representa la relación que deben mantener conmigo. La púa es injertada en la vid viviente, y fibra tras fibra, vena tras vena, va creciendo en el tronco. La vida de la vid llega a ser la vida del sarmiento”. Así también el alma muerta en delitos

y pecados recibe vida a través de su conexión con Cristo. Esa unión se forma por medio de la fe en él como Salvador personal. El pecador une su debilidad a la fuerza de Cristo, su vacuidad a la plenitud de Cristo, su fragilidad a la potencia perdurable de Cristo. Entonces tiene la mente de Cristo. La humanidad de Cristo ha tocado nuestra humanidad, y nuestra humanidad ha tocado la divinidad. Así, por medio de la intervención del Espíritu Santo, el hombre llega a ser participante de la naturaleza divina. Es acepto en el Amado.

Esa unión con Cristo, una vez formada, debe ser mantenida. Cristo dijo: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”. Este no es un contacto casual, ni una conexión que se realiza y se corta luego. El sarmiento llega a ser parte de la vid viviente. La comunicación de la vida, la fuerza

y la capacidad fructífera desde la raíz hacia las ramas se verifica en forma constante y sin obstrucción. Separado de la vid, el sarmiento no puede vivir. Así tampoco, dijo Jesús, pueden vivir separados de mí. La vida que han recibido de mí puede preservarse únicamente por medio de la comunión continua. Sin mí no podéis vencer un solo pecado ni resistir una sola tentación.

“Permaneced en mí, y yo en vosotros”. El permanecer en Cristo significa un constante recibir de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio. El canal de comunicación debe estar continuamente abierto entre el hombre y su Dios. Así como el sarmiento de la vid recibe constantemente la savia de la vid viviente, así hemos de aferrarnos a Jesús y recibir de él, por medio de la fe, la fuerza y la perfección de su propio carácter.

La raíz envía su nutrimento a través del sarmiento a la ramificación más lejana. Así comunica Cristo la corriente de su fuerza espiritual a todo creyente. Mientras el alma esté unida a Cristo, no hay peligro de que se marchite o decaiga.

La vida de la vid se manifestará en el fragante fruto de los sarmientos. Jesús dijo: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”. Cuando vivamos por medio de la fe en el Hijo de Dios, los frutos del Espíritu se verán en nuestra vida; no faltará uno solo.

“Mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”. Aunque el injerto

esté unido exteriormente a la vid, puede faltar la conexión vital. Entonces no habrá crecimiento ni frutos. De modo que puede haber una conexión aparente con Cristo sin una verdadera unión con él por medio de la fe. Una profesión de religión coloca a los hombres en la iglesia, pero el carácter y la conducta demuestran si están conectados con Cristo. Si no llevan fruto, son sarmientos falsos. Su separación de Cristo implica una ruina tan completa como la representada por el sarmiento muerto. Cristo dijo: “El que en mí no permanece, será echado fuera como mal pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”.

“Todo pámpano... que lleva fruto, lo limpiaré [podará], para que lleve más fruto”. De los doce escogidos que habían seguido a Jesús, uno estaba por ser sacado como rama seca; el resto iba a pasar bajo la podadora de la amarga

El permanecer en Cristo significa un constante recibir de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio.

prueba. Con solemne ternura Jesús explicó el propósito del labrador. La poda causará dolor, pero es el Padre quien aplica la podadora. Él no trabaja con mano despiadada o corazón indiferente. Hay ramas



que se arrastran por el suelo; tienen que ser separadas de los apoyos terrenales en los cuales se han enredado sus zarcillos. Han de dirigirse hacia el cielo y hallar su apoyo en Dios. El follaje excesivo, que desvía de la fruta la corriente vital, debe ser suprimido. El exceso de crecimiento debe ser cortado, para dar lugar a los sanadores rayos del Sol de Justicia. El labrador poda lo que perjudica el crecimiento, con el fin de que el fruto pueda ser más rico y abundante.

Jesús dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”. [Es decir:] “Dios desea manifestar a través de ustedes la santidad, la benevolencia, la compasión de su propio carácter”. Sin embargo, el Salvador no invita a los

discípulos a trabajar para llevar fruto. Les dice que permanezcan en él. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. Es a través de la Palabra que Cristo mora en sus seguidores. Es la misma unión vital representada por comer su carne y beber su sangre. Las palabras de Cristo son espíritu y vida. Al recibir las, reciben la vida de la Vid. Viven “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). La vida de Cristo en ustedes produce los mismos frutos que en él. Viviendo en Cristo, adhiriéndose a Cristo, sostenidos por Cristo, recibiendo nutrimento de Cristo, llevan fruto según la semejanza de Cristo. 🔥